

ra, aunque demasiado larga. Yo lo hubiera dicho todo, con la misma ó mayor claridad, en dos horas; y Disraeli empleó cinco. El plan se reducía á sacar dinero del bolsillo de los contribuyentes y meterle en el bolsillo de los cerveceros. Dudo mucho si podrá conseguirlo; pero él ha adquirido reputación por su talento práctico.

Durante las seis primeras semanas de su vuelta á la Cámara de los Comunes, Macaulay, como era natural en un veterano, creía que el nivel de la oratoria estaba más bajo que en tiempos anteriores. Pero no tardó en tener motivos para cambiar de parecer. Aun en 1832 hubo pocas escenas más animadas y excitantes que la que se desarrolló durante las tres primeras horas de la mañana del 17 de Diciembre de 1852, cuando el *leader tory*, más formidable que nunca con la audacia de la desesperación, se revolvió briosamente en defensa de su presupuesto sentenciado, y cuando, en el instante en que amigos y enemigos creían que se había dicho la última palabra por uno y otro bando, Mr. Gladstone salió á la palestra en medio de una tempestad de aclamaciones y de exclamaciones hostiles como jamás se ha vuelto á oír en el Parlamento desde entonces, y entró derecho en el fondo de un discurso que, en un solo día, duplicó su influencia en la Cámara y su popularidad en el país. A las diez y media (dice Macaulay) fui á la Cámara, y estuve hasta cerca de las cuatro—generalmente en la biblioteca ó en los pasillos, leyendo.—Oí un poco á Disraeli, que estuvo hábil, pero no convincente; y muy desaliñado. Un poco de Gladstone: seria y severamente acerbo. Por fin vino la votación. Hubo un inmenso tropel y aclamaciones ensordecedoras, cuando Hayter pasó á la derecha de la fila de escrutado-

res, y una aclamación más estruendosa aún cuando se leyeron las cifras: 305 contra 286. En medio del vocerío me escurri afuera, tomé mi coche y llegué á casa á las cuatro en punto, sumamente rendido.

Luego vino el cambio de gobierno, con todo lo que acompaña á la formación de un Gabinete: la agitación; el chismorreó; el bullicio de los clubs, llenos de grupos donde se cuchichean ansiosamente noticias y comentarios; el cruzar de coches por los alrededores de Belgravia y Mayfair ó su aglomeración durante horas á la puerta del futuro Primer ministro; el creciente desconsuelo de estadistas eminentes que aguardan en sus despachos la posible llegada del mensajero de la Tesorería; la animación y la alegría crecientes de las comidas en las casas de los nuevos ministros conforme va aumentando de día en día el número de sus elegidos. Dudo (escribe Macaulay) que desde 1783 haya habido en Londres tantos miembros de las dos Cámaras en la época de las Navidades. Entonces, como ahora, hubo cambio de ministerio por Navidad. El 22 de Diciembre hubo gran debate, con un lleno completo, en la Cámara de los Comunes, y Lord Norfh pronunció un discurso muy celebrado.

20 de Diciembre.—Un día de acontecimientos. Después de almorzar vi en el Athenaeum á Senior, el cual me dijo que había estado en casa para suplicarme que fuese á la de Lansdowne; que lord Lansdowne deseaba verme antes de las doce y media. Fui. Le encontré encerrado con lord John. Lord John nos leyó una carta que había recibido de la reina—muy buena, como todas las que he visto de ella.—Le decía que tenía la esperanza de formar un gobierno fuerte y durable, conservador al par que reformista; que había pedido á lord Aberdeen que formase tal gobierno; que

se necesitarían grandes esfuerzos y sacrificios, y que contaba con que el patriotismo de lord John no le negaría su valiosa ayuda. Ellos me preguntaron á mí lo que pensaba. Contesté que yo no podría decir nada mejor que lo que había escrito la reina, que su carta expresaba punto por punto mi pensamiento. Entonces declaró lord John que él, naturalmente; trataría de ayudar á lord Aberdeen; pero ¿cómo? Había dos maneras. Podía tomar el Foreign Office ó rehusar el cargo y prestar su apoyo desde los bancos de detrás del gobierno. Le insté á que no pensase en esto último, y razoné mi opinión durante un cuarto de hora, con gran copia, me parece, de pensamientos y de palabras. Lord Lansdowne me alentaba, moviendo la cabeza, sonriendo y frotándose las manos á cada cosa que decía. Le recordé que el duque de Wellington había tomado el Foreign Office después de haber estado en la Tesorería, y cité las hermosas palabras que él mismo pronunció acerca del duque. «Decía usted, lord John, que no todos podíamos ganar batallas de Waterloo; pero que todos podíamos imitar el patriotismo del viejo, su conciencia del deber y su indiferencia hacia los intereses y vanidades personales, cuando estaba en juego el bien público; y ahora es la ocasión de que haga usted un sacrificio. Sus servicios pasados y su nombre nos dan derecho á esperarlos. Salió, muy impresionado evidentemente por lo que había oído, y prometiendo consultar á otros. Cuando se fué, lord Lansdowne me dijo que yo había llegado tan oportunamente como Blücher en Waterloo. Me dijo también, lo cual me conmovió excesivamente, que, en último término, él mismo, aun poniendo en peligro su salud y renunciando á sus comodidades, tomaría la Tesorería, si no había otro modo de lograr que lord John

ocupase el Foreign Office. Pero esto lo tiene en secreto juiciosamente por ahora.

Una vez arreglada la cuestión de la jefatura de los Comunes, el interés de Macaulay por las combinaciones del personal del ministerio de lord Aberdeen se redujo á oír con simpatía las confidencias de sus antiguos colegas whigs. «Fuí al club—dice—y oí no pocas quejas sobre la gran parte del botín concedida á los peelistas. Yo también creo que nosotros debíamos haber tenido el lord Lieutenant ó el secretario de Irlanda. ¡Qué contento estoy de haber declarado tan terminantemente en Edimburgo mi resolución de no volver nunca al gobierno! De otro modo, la gente podría figurarse que estaba contrariado. Fuí á casa, pero no escribí una letra. Jamás puedo escribir en estos períodos de crisis.

Macaulay hizo bien en apartarse de la vida oficial. Nunca abrió sus labios en el Parlamento sin recibir una nueva prueba de que su autoridad allí no podía ganar nada, ni aun por ocupar un puesto en el Gabinete. Lord Hotham, miembro muy respetado del partido conservador, había propuesto una medida cuyo principal objeto era excluir de la Cámara de los Comunes al Archivero Mayor. La proposición pasó sin tropiezo hasta llegar á su último trámite; y cuando en 1.º de Junio de 1853 se levantó para pedir la tercera lectura, tenía plenos motivos para creer seguro el éxito. Pero el resultado definitivo no correspondió á las esperanzas del promovedor del *bill* y de todos los demás representantes que tenían noticia de su existencia. La prensa refirió por entonces el suceso con un lujo de pormenores que exige algún resumen.

Más animado fué el miércoles, en cuyo día pudo

apreciarse en gran escala la posición que ocupa en la Gran Bretaña Mr. Macaulay. Los miércoles se reúnen al mismo tiempo la Cámara y los Comités. La discusión no era interesante—rara vez lo es en miércoles;—y andábais por las escaleras, preguntándoos á dónde entraríais, cuando, al deteneros perplejos, os dabais de bruces con alguien. Os pedía perdón, y seguía adelante precipitadamente: un representante; un representante corpulento; un hombre á quien no concebíais corriendo, y que corría, sin embargo, como un loco. Estáis mirándole aún, cuando pasan á la carrera otros dos hombres, uno por cada lado vuestro, y son representantes también. La puerta de al lado, donde dice «Entrada de los Miembros», se abre de golpe y da paso á cinco representantes que bajan atropelladamente. Se abren más puertas; se abalanzan fuera más representantes; os véis atropellados por representantes, que vienen de todos lados y van en una misma dirección. Luego aparecen pelucas y togas. Sus dueños os dicen, con caras radiantes, que sus comités han suspendido su tarea. Después viene una tercera categoría de personas, los señores de la prensa muy alborozados. ¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Que qué pasa? Que está hablando Macaulay. Era una noticia que uno no había oído hacia años; y, al saberlo, se vaciaban los comités, como en otro tiempo, los clubs.

Os unís al punto á los que corren, y llegáis á tiempo á la tribuna para ver jadeando en sus sitios á los representantes que os habían atropellado. Era verdad. Macaulay hablaba. Estaba en un nuevo sitio, en la segunda fila por encima del banco de la Tesorería... La antigua voz, la antigua manera y el antiguo estilo: ¡soberbio discurso! Bien preparado, muy esmerado y

dicho con un arte perfecto y una maestría consumada: la alta conversación de un hombre de mundo, que confía su saber, sus recuerdos y su lógica á un círculo de caballeros, y que alza la voz lo estrictamente indispensable para ser oído en todo el salón. Tal era el discurso mientras el orador se limitaba á exponer el asunto, en espera del auditorio; pero, al llenarse la Cámara, lo cual ocurrió con maravillosa celeridad, creció su magnificencia y su elocuencia, y empezó á hablar con rapidez creciente á cada frase, hasta que el discurso fué un torrente de las más opulentas palabras, que arrebatava de entusiasmo al auditorio, sin dejarle tiempo para aplaudir. Un torrente de palabras: he ahí la única definición del estilo de Macaulay, una vez inflamado en su carrera. ¡Y qué palabras! Porque no eran las cuatro de la tarde; apenas se había digerido el *lunch*, y los tranquilos, los mesurados *gentlemen* ingleses estaban tan arrebatados de entusiasmo como un teatro de ópera, con la Grisi, á las diez. ¿Lo dudáis? Ved la votación; y, sin embargo, antes de hablar Mr. Macaulay, hubierais apostado seguramente cincuenta contra uno á que lord Hotham hubiera sacado adelante su proposición. Después de ese discurso, la proposición no fué desechada, sino barrida... Sin embargo, no todo eran albricias. Mr. Macaulay había pronunciado su discurso de cuarenta minutos con soberano vigor; pero los recelos que os inspira su salud cuando lo encontráis en la calle—cuando os aprovecháis de ese ensimismamiento suyo como de esfinge «que mira hacia adelante con sus parados, sus inmutables ojos», para observar su semblante enfermizo—esos recelos se confirmaban al examinarle el miércoles atentamente. El gran orador temblaba al sentarse; la excitación del triunfo le agobiaba, y apenas podía

dominarse para dar las gracias por los calurosos elogios que le tributaban los ministros y demás personas que había en torno suyo.»

Lord Hotham hizo cuanto pudo por contrarrestar en su réplica aquella catarata de argumentos y ejemplos con que quedó aplastada su desdichada proposición. Pero fué en vano. En la Cámara de los Comunes había doscientas personas, por lo menos, que habían ido allí para oír á Macaulay, y que no sabían del asunto sino lo que él tuvo á bien decirles. La proposición fué rechazada por 224 votos contra 123. Veinte años después el acta que creaba el Tribunal Supremo de la Judicatura realizaba al fin el pensamiento de lord Hotham. La parte del acta que prescribía la exclusión del archivero mayor de la Cámara de los Comunes fué aprobada, sin oposición ni discusión, en el Parlamento de 1873. El contraste entre la adhesión entusiasta á las opiniones de Macaulay por parte de una Cámara, que había oído esas opiniones expuestas por él mismo, y la unanimidad, en sentido contrario, de otra Cámara, en que él no estaba ya presente, constituye el más alto y espontáneo elogio que ha podido tributarse á la fama y al genio de un orador.

Lo que dice el mismo Macaulay acerca del caso prueba el poco tiempo que concedió á la preparación de ese discurso, notable, aun entre los suyos, por la riqueza del fondo y la perfección de la factura. Consagró dos mañanas á proyectar lo que había de decir en una ocasión que miraba como crítica por razones personales y públicas. En la noche anterior al debate escribe: «He pensado en el *bill* de lord Hotham. Vino Craig, y estuvo dos horas conmigo. Por lo que me dice, las cosas marchan en Edimburgo lo mejor que cabe. Por la noche volví á pensar en el *bill*. Es-

taba intranquilo y temiendo un completo fracaso; y, sin embargo, hay que correr el albur.

*Miércoles 1.º de Junio.*—Día de penosa inquietud y de gran éxito. Creí que fracasaría; y, aunque ahora ningún fracaso puede destruir mi reputación, basada en otros triunfos que los del Parlamento, el revés me hubiese mortificado hondamente. Me contrariaba ver la expectación que había, y no pensaba poder hablar bastante bien para satisfacerla. Sin embargo, salí adelante. Primero se emplearon tres horas en un proyecto de ley penal irlandesa, y después vino el *bill* de exclusión de los jueces. Drummond propuso aplazar la tercera lectura durante seis meses, pero no anticipó nada importante de lo que á mí me había ocurrido. Cuando él se sentó, no se levantó nadie. Se oyó decir: «¡A votar!» Entonces me puse en pie. La Cámara se llenó, y guardó un silencio sepulcral: dura prueba para los nervios de un hombre que, tras una ausencia de seis años, vuelve á una escena donde en otro tiempo había desempeñado un gran papel. Yo me hubiera desconcertado más si hubiese sabido que estaban en la tribuna mis queridas Ana y Margarita. Se habían hecho con papeletas, pero me ocultaron su intención, para que, si sufría un contratiempo, no supiese que habían sido testigos de él. Hablé con mucha facilidad; gran aplauso, y más que aplauso, éxito completo. Derrotamos á lord Hotham por más de cien votos, y todos me atribuyen la victoria á mí. Me felicitaron calurosamente todos mis amigos y conocimientos. En medio del primer tumulto de aplausos me entregaron una esquila de Margarita diciéndome que ella y su mamá estaban arriba. Subí, y las ví tan cariñosas y tan contentas. Haberles proporcionado un placer es para mí la parte mejor de este triunfo. Claro